

*Mujeres de elite y trabajo doméstico remunerado en Chile: ¿crisis de cuidados o de la familia?**

Rosario Fernández**

Universidad en Londres, Inglaterra

Resumen: Este artículo analiza la relación entre la crisis de los cuidados y de las familias en Chile, y las estrategias que emplean las mujeres de clases acomodadas conservadoras para reproducir la figura de la familia como proyecto nacional. A través de una revisión histórica y teórica, y utilizando entrevistas a dueñas de casas de Santiago, este artículo pretende comprender la crisis de los cuidados a partir de la vinculación entre la intimidad y la política. Estudia los discursos y procesos mediante los cuales el trabajo doméstico remunerado permite saciar la ‘crisis de los cuidados’ y rearticular la figura de la ‘familia’, y cómo a través de las relaciones entre trabajadoras y empleadoras se manejan tensiones y diferencias en un espacio íntimo-político.

Palabras clave: crisis de los cuidados, familia, trabajo doméstico remunerado, intimidad, política.

Elite women and paid domestic labour in Chile: care or family crisis?

Abstract: This article analyses the relationship between care crisis and families in Chile, and the upper class and conservative women’s strategies to reproduce the figure of the family as a national project. Through a historical and theoretical review, and using interviews with housewives, it aims to understand the crisis of care within the relationship between intimacy and politics. It examines the discourses and processes by which paid domestic

labour satisfies the ‘care crisis’, and rearticulates the figure of the ‘family’, and how tensions and differences are managed through the relationship between workers and employers in an intimate-political space.

Keywords: care crisis, family, paid domestic labour, intimacy and politics.

Introducción

El cuidado, como práctica social que involucra actividades productivas y reproductivas, ha sido problematizado por las ciencias sociales y desde el feminismo hace al menos cuarenta décadas. Dichos esfuerzos abarcan desde los estudios feministas marxistas y materialistas sobre la importancia de las actividades reproductivas en la organización económica capitalista, el derecho a un sueldo por trabajo doméstico (Federici, 2012), el ‘modo de producción doméstico’ y el patriarcado como forma de opresión de clase y de género hacia las mujeres (Delphy, 1977), la vinculación entre racismo con la división sexual del trabajo (Glenn, 1992), hasta lecturas más contemporáneas que reflexionan sobre la división internacional del trabajo de cuidados en la era neoliberal de la globalización (Sassen, 2003), los procesos de comodificación (Gutiérrez, 2010),

*Artículo derivado de la tesis de Doctorado en Sociología “Trabajo doméstico en Chile: performance de la intimidad, la política y la nación”, en Goldsmiths, Universidad de Londres. **Artículo recibido el 14 de noviembre de 2016, aprobado el 14 de febrero de 2017.**

**Candidata a doctora y profesora asociada del Departamento de Sociología de Goldsmiths, Universidad de Londres. Magíster en Estudios Filosóficos y Socióloga de la Universidad Alberto Hurtado, Chile. Integrante del Grupo de Estudio Interdisciplinario Nación, Otriedad, Deseo (Chile). Enfocada en los estudios de género, racismo, nación, trabajo doméstico, migraciones y América Latina. Autora de los capítulos: “Trabajo doméstico pagado: la “solución perfecta” para la “familia feliz” en Chile” En: Pavez, Jorge (ed). (Des) Orden de género. Políticas y mercados del cuerpo en Chile. Santiago de Chile: CRANN Editores, y Stefoni, Carolina & Fernández, Rosario (2011) “Mujeres inmigrantes en el trabajo doméstico: entre el servilismo y los derechos” En: Stefoni, C. (Ed) Mujeres inmigrantes en Chile ¿Mano de obra o trabajadoras con derechos? (pp 43-72). Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado. Encargada del proyecto de investigación Latin American Web-Map (con el apoyo de Goldsmiths’ Graduate School), cuyo objetivo es mapear la formación y circulación de archivos y colecciones especiales latinoamericanas en el Reino Unido. E-mail: rosario.fernandez@gold.ac.uk, larosariofernandez@gmail.com

las cadenas globales de cuidado (Hochschild, 2000), la división internacional sexual y racial del trabajo (Parreñas, 2001), y las nuevas formas de constitución de familias transnacionales.

Un importante grupo de trabajos se ha enfocado específicamente en lo que se ha denominado como la ‘crisis de los cuidados’ (Pérez Orozco, 2006; Acosta, 2015), crisis que surge a partir de las tensiones entre las formas sociales de la organización del cuidado y el orden económico neoliberal que prioriza al capital por sobre las necesidades humanas. Sostienen que mientras los Estados de Bienestar retroceden en sus responsabilidades y programas en torno al cuidado de adultos mayores, niños/as y discapacitados/as, las soluciones ‘privadas’ se extienden y generan con ello un mercado del cuidado (Farris, 2015) altamente desigual, excluyendo el acceso al cuidado a familias e individuos de escasos recursos.

En este artículo pretendemos sumarnos a este grupo de trabajo, sin embargo, lo haremos problematizando las lecturas de la crisis de los cuidados al interior de la ‘crisis’ de la globalización neoliberal al contraponer las huellas de otros procesos socio-históricos referidos al uso de los discursos de la ‘crisis de la familia’ y los llamados al ‘re-ordenamiento’ de la sociedad. Influenciados por los estudios sobre intimidad y poder (Foucault, 2005; Stoler, 2009; McClintock, 2003), proponemos pensar la crisis de los cuidados no solo como una crisis actual de los modos de organización de la reproducción, sino que también como un proceso que es parte de una genealogía de ‘ansiedades’ respecto a la modernidad, la nación y sus tecnologías de reordenamiento social. El discurso de la ‘crisis de los cuidados’ será entendido usando la noción de discurso de Foucault (2005), como un conjunto de configuraciones discursivas que presentan las condiciones de posibilidad para la constitución de objetos y sujetos en una red de relaciones de poder. Este artículo asume una posición crítica a los estudios sobre la ‘crisis de los cuidados’ y la figura de la ‘familia’ que pone acento en la relación entre la ‘crisis’, la intimidad y la política. Ahora, este esfuerzo no pretende responder a la pregunta por la figura de la familia en los discursos públicos de ‘la nación’, sino más bien responde a una búsqueda por la articulación de la figura de la familia tradicional,

la nación y el rol de la mujer de elite conservadora en prácticas cotidianas e íntimas entre empleadoras y trabajadoras domésticas que configuran relaciones de poder jerárquicas.

Los discursos socio-históricos basados en la retórica de la ‘crisis’ operan como mecanismos y tecnologías de poder (Foucault, 2005) que emergen en momentos donde el orden hegemónico-institucional se encuentra en un proceso de transformación. De acuerdo a Foucault (1992), todo discurso supone ciertas condiciones de producción, procedimientos que controlan y seleccionan lo que se dice y constituyen lo que se entenderá por verdad. Dichos discursos son apoyados históricamente por instituciones y mecanismos de control que ejercen una violencia. Específicamente a lo que se refiere este artículo, hoy el discurso de la ‘familia tradicional’ -es decir; nuclear, heterosexual y biparental- como mecanismo de control de los cuerpos de mujeres, es cuestionada o puesta en tensión por diferentes miembros de la sociedad, emergiendo entonces mecanismos discursivos orientados a re-introducir la familia tradicional como norma. De este modo, entendemos que los procesos de modernización de los roles de género y de nuevas prácticas familiares presentan un doble movimiento: mientras progresan hacia una mayor equidad entre hombres y mujeres, también generan un contra-movimiento de re-tradicionalización (Valdés, 2007).

Frente a la posibilidad de transformaciones sociales de las relaciones de género emerge un contra-movimiento basado en el temor y la ansiedad por la ‘crisis de las familias’ y consecuentemente, el interés de conservar la tradición (Varikas, 2006), reactivándose el discurso sobre la importancia de la familia para el orden social. Pero no solo dice relación con la contención de las transformaciones en el orden de género, sino que también con la facultad entregada a las familias para mantener el orden político. En el Chile post-dictadura, las ideas de consenso y reconciliación llamaban a la moderación en la política y en la familia, siendo ésta última una tecnología estratégica para el reordenamiento de la patria y la nación (Grau, 1997; Vera, 2009). En este momento, la familia aparece hiperrepresentada como la solución a la crisis de la política, la cohesión social y la unidad nacional.

Históricamente en Chile, quienes han sido sujetos importantes en re-introducir el orden de la ‘familia’ son la Iglesia Católica y la elite tradicional (Larraín, 2001), sin embargo, veremos el rol que ocupan específicamente las mujeres de clases acomodadas en el manejo del ‘equilibrio social’ (Milanich, 2011; Zárate, 2007). Argumentaremos que el rol de las dueñas de casa de clases acomodadas en el manejo y mantenimiento de los discursos sobre crisis social a través de las prácticas de cuidado, específicamente en su relación con las trabajadoras domésticas, se basa en el discurso civilizatorio de la ‘salvación’ de la familia y la patria, cumpliendo así la función de mantener el orden en la casa y en la nación (Chaudhuri & Strobel, 1992). A su vez, analizaremos cómo la figura de la mujer ‘salvadora’ es construida en relación con la figura de la ‘nana’¹, figura que aparece para reintroducir las relaciones de poder y de clase al interior de los hogares y reproducir el rol social de las familias. Argumentamos que es a través de la figura de la ‘nana’ y las relaciones de poder entre trabajadoras y empleadoras que las empleadoras de clases acomodadas articulan su posición como ‘salvadoras’ y las familias de elite reproducen su status social como reguladoras del orden social. Por tanto, más que saciar una ‘crisis de los cuidados’, las trabajadoras sacian una ‘crisis’ de las relaciones de poder en Chile.

En la primera parte de este artículo, abordaremos algunos antecedentes para entender cómo se vincula la crisis de los cuidados con la crisis de las familias. En la segunda parte, argumentaremos teóricamente la importancia de entender el vínculo entre crisis, cuidados y familias a través del concepto de intimidad de Lauren Berlant (1998) y el rol específico de las mujeres de elite en ‘salvar nación’. En la tercera parte, analizaremos entrevistas a dueñas de casas de clases acomodadas para luego interrogar sobre su

¹ En Chile es común nombrar a las trabajadoras domésticas como ‘nanas’, nombre que puede adquirir diversos significados según el contexto y situación en que se diga. Sin embargo, en general es una forma peyorativa de nombrar a las trabajadoras pues reproduce su condición subordinada. Mientras puede ser usado como una muestra cariño por parte de la familia que emplea (que intenta hacer sentir ‘parte de la familia’ a la trabajadora), a su vez niega la condición de trabajadora de la misma. Esta situación de ambigüedad (ser parte de la familia y negar su condición de trabajadora) mantiene relaciones históricas y materiales de poder jerárquicas entre empleadores y trabajadoras. A su vez, es parte de una historia de diversos nombres que se han usado para referirse a las trabajadoras: sirvientas, niñas de mano, etc.

rol en la mantención del orden en la casa y en la nación chilena.

Marco de referencia

La literatura sobre la ‘crisis de los cuidados’ se ha enfocado específicamente respecto a la brecha en el acceso a servicios de cuidados en sociedades occidentales. Sin embargo, lecturas feministas, tales como la de Silvia Federici (2012), han cuestionado tal crisis en un contexto mayor de producción cultural y material de los roles tradicionales femeninos en relación al trabajo de reproducción y la figura de la ‘familia’ en la subordinación de las mujeres en general, y la doble explotación de mujeres inmigrantes, afro-descendientes e indígenas en particular, quienes son empleadas en labores de trabajo doméstico. También Christine Delphy (1977) ha estudiado el rol del patriarcado en la explotación de mujeres, teorizando el concepto de ‘modo doméstico de producción’ para comprender que tanto mujeres de clases acomodadas como de clase trabajadoras son explotadas por el sistema económico capitalista al subordinar a las mujeres al hogar y/o a las tareas domésticas, cuestionando las divisiones entre mujeres en un contexto mayor de explotación. Dicha lectura nos tienta a reflexionar sobre las especificidades de la explotación de las mujeres en el trabajo doméstico, remunerado y no remunerado, y su relación con el sistema económico en crisis. Ahora, en el caso específico del trabajo doméstico remunerado en Chile, son mujeres inmigrantes (internas y latinoamericanas) e indígenas quienes cumplen la función social de reproducción de los hogares acomodados y de clase media. Sin embargo, cabe preguntarnos cuál es la relación entre esta crisis y otras crisis sociales como aquella vinculada a la crisis de la familia tradicional.

Trabajaremos con la tesis de que el trabajo doméstico remunerado, frente a la crisis de los cuidados, posibilita el mantenimiento y re-tradicionalización del funcionamiento armónico de las familias acomodadas para que éstas sigan cumpliendo su rol en la sociedad: ser una figura a la base de los Estado-Nación, y, a su vez, mantener la imagen de la ‘mujer moderna’ con ‘enfoque de género’ capaz de realizar sus roles de madre-esposa y de trabajadoras de forma equilibrada (Vera, 2009).

La ‘familia nuclear’, como figura discursiva burguesa, nace en Chile a principios de siglo XX con claros objetivos políticos y económicos. Su propósito inicial era resolver la ‘cuestión social’, los problemas de higiene y salud infantil, y estabilizar el nuevo orden económico industrial. El modelo de familia nuclear de ‘masculinidad proveedora’ y de ‘maternidad tradicional’, como política de Estado, fue ampliamente exitoso en el siglo XX, (al menos hasta 1970), en diversas capas sociales (Valdés, 2007). El desafío hoy es la emergencia de una familia ‘moderna’. Dicha familia es parte de una menor intervención directa por parte del Estado en las familias –el cual se tiende a enfocar principalmente en familias pobres o vulnerables. Sin embargo, dicho vacío disciplinar estatal no ha significado un vacío en la producción de discursos sobre la familia y su rol en la sociedad. Hoy, la ‘familia moderna’ debe auto-gestionar su existencia siguiendo patrones mediáticos y discursivos (Valdés, 2007) que, por un lado, incorporan elementos ‘modernos’, como la igualdad de género y el derecho de los/as niños/as, y que, por otro lado, las mujeres no pierden sus valores ‘esenciales’ como reproductoras de ciudadanos ‘buenos’, trabajadores y decentes.

En un contexto de auto-gestión de la ‘familia moderna’, donde el Estado chileno ‘con enfoque de género’ interviene en los derechos individuales y disminuye la entrega de servicios de bienestar, la figura de la familia se vuelve actor clave en la solución de la crisis de los cuidados, y las mujeres de elite aquellas llamadas a llevar a cabo dicho proyecto. A su vez, la privatización del ‘cuidado’ en manos de las familias reproduce una versión de la ‘familia nuclear’ como base de la sociedad. Son las dueñas de casa las que deben por un lado, suplir las demandas de cuidado y reproducción social, y por otro, mantener orden y armonía en la casa y en la nación. Este fenómeno ha sido entendido por Gutiérrez (2010) –desde una perspectiva Foucaultiana- como un proceso de ‘gubernamentalidad a distancia’, donde las familias son afectadas indirectamente por la falta de políticas públicas que dan solución a la necesidad de ayuda en las tareas de cuidado a niños, niñas y adultos mayores, obligando a las familias a auto-gestionar su sobrevivencia.

Esta ‘familiarización del cuidado’ (el cuidado como parte de la gobernanza de la familia) convive con discursos sobre la crisis de las familias, ya sea en relación con los cambios en las prácticas cotidianas a partir de los procesos de modernización, como en términos valóricos. En relación con los cambios que experimentan las familias en los procesos de modernización desde mediados del siglo XX, podemos observar la proliferación de diversas formas de ‘hacer familia’, como también la emergencia de sentimientos de incertidumbre debido al contexto socio-económico. Una característica asociada a la nueva situación de las familias en la era ‘moderna’, es lo que científicos sociales han denominado como sentimientos de inseguridad (Güell, 1999). Por ejemplo, en el informe de desarrollo humano del PNUD (1998), se sostiene que las familias viven inseguridades asociadas a la salud, educación y vivienda, generando emociones relacionadas a incertidumbre y crisis. Las familias también experimentan expectativas de seguir los cánones normativos a pesar de los cambios en las relaciones de género, el status de la autoridad paternal y las nuevas imágenes femeninas que circulan en los medios. Frente a las transformaciones sociales o demandas externas, las familias sufren ansiedades relacionadas a mantener la ‘tradicción’ en su interior. Lo que nos interesa aquí es pensar en cuáles son específicamente las ansiedades que se generan en las familias acomodadas.

En su versión valórica, dicha crisis encuentra diversas fuentes, desde la Iglesia Católica y evangélica, hasta los propios gobiernos desde la dictadura en adelante. ¿Cuál es esta crisis? En sus supuestos ‘orígenes’ están: la disminución de la natalidad, el aumento de divorcios, las nuevas formas de conformación de familia y el individualismo. Sin embargo, en el subtexto subyace una versión heteronormativa orientada a la reproducción y nuclearización de ‘familia’ y del rol de devoción maternal. Dicha versión hetero-normada supone la existencia de familias exclusivamente heterosexuales, reproduciendo una estructura de poder binaria entre los sexos, naturalizando la relación entre sexo y género, y convirtiendo a la heterosexualidad en una práctica obligatoria (Butler, 1993). A su vez, como sugiere Butler (1993), supone la performance, es decir, la

práctica cotidiana y repetida de expectativas, roles y normas sociales asociadas a lo ‘femenino’ y lo ‘masculino’, que en el caso de las mujeres las vincula al hogar, la familia y el trabajo doméstico.

Ahora, la masiva incorporación de las mujeres al mercado laboral a partir del siglo XX y la incorporación del enfoque de género en las políticas públicas a partir del 2000 han tensionado las nociones tradicionales de ‘feminidad’ y ‘masculinidad’ provocando interrogantes a la división sexual del trabajo al interior de los hogares. Surgen, entonces, encuestas sobre el uso y distribución del tiempo en las casas, y con ello la crítica al vacío parental sus consecuencias para la crianza de niños y niñas y su ‘normal’ crecimiento.

Así, el discurso sobre la ‘crisis de las familias’, tanto en su dimensión práctica como valórica, nos permite analizar que la ‘crisis de los cuidados’, como una ‘crisis’ que viven, específicamente en el caso de las clases acomodadas, las familias respecto a sus posibilidades de reproducción social. El peligro que corremos con definir la demanda de cuidado como ‘crisis de los cuidados’ (en el caso de la clase acomodada), -en el contexto de la emergencia de los discursos sobre la ‘crisis de las familias’- es que naturalizamos la demanda de la reproducción de la familia burguesa como una demanda de necesidades ‘prácticas’ de cuidado.

El diálogo entre la ‘crisis de los cuidados’ en el contexto neoliberal y la crisis de la familia tradicional puede observarse en el caso específico del trabajo doméstico remunerado en Chile tanto en sus términos prácticos –aumento de la demanda de cuidados-, como en su dimensión sociohistórica –relativos a la vinculación entre lo íntimo y lo político. En relación con la dimensión práctica, vemos que existe un aumento en la demanda de cuidados (Arriagada & Todaro, 2012). La falta de soluciones a dicha demanda, por parte del Estado, es manejado por las familias, y por las dueñas de casa, a través de la contratación de una trabajadora doméstica.

En el caso chileno, el incremento en la demanda de trabajo doméstico se debe a diversos factores (Arriagada & Todaro, 2012); el aumento de la expectativa de vida, la disminución de los nacimientos, y el aumento del empleo femenino². Sin

²Dichos factores han implicado que más mujeres se han empleado

embargo, dicha demanda también se sustenta en el relativo cambio en las relaciones tradicionales de género al interior de los hogares acomodados. En un estudio realizado por el INE (2007) se demostró que el trabajo en los hogares sigue estando principalmente en manos de las mujeres, dando cuenta de la continuidad de patrones tradicionales de género respecto a la división sexual del trabajo al interior de los hogares y el orden de la familia. De esta forma, la demanda ‘práctica’ por cuidados es más bien un reclamo por mantener una división sexual el trabajo de carácter tradicional en los hogares, especialmente en el caso de hogares acomodados quienes pueden costear este servicio. Por lo tanto, a pesar de la mayor conciencia respecto a la equidad de género en el país y el aumento de la fuerza laboral femenina activa, el funcionamiento ‘normal’ de la familia tradicional (dueñas de casa encargadas del trabajo doméstico) es perpetuado.

Respecto a la dimensión socio-histórica y la relación entre la intimidad y la política, existen otros factores que explican el aumento de la demanda de tareas de cuidado, vinculados a los procesos de reproducción de la familia de la clase acomodada y el rol de la dueña de casa en dicho proceso. Por un lado, tenemos estudios que dan cuenta de la expectativa de muchas dueñas de casa y mujeres trabajadoras de disponer de más tiempo ‘recreacional’ con los/as hijos/as y la familia (Arriagada & Todaro, 2012), y, por otro lado, contratar a una trabajadora doméstica es visto como un signo de estatus de la clase social (Rodgers, 2009). Dichos elementos dan cuenta de que aquello que se demanda no es tan solo provisión de cuidado, sino que también de la reproducción de un estilo de vida y de un status social, ambos aspectos dependientes de la delegación de las tareas de cuidado de familias a otras mujeres y la reproducción de relaciones de poder entre empleadores y trabajadoras.

fuera de sus hogares y han requerido apoyo para el cuidado de niños, niñas y adultos mayores (especialmente con una sociedad donde la expectativa de vida ha aumentado). Dichos factores, que empiezan a pronunciarse con mayor fuerza a partir de la segunda parte del siglo XX, ha llevado al aumento de demanda por trabajo doméstico pagado en diversas modalidades: por días, por horas, tiempo completo o parcial. Para mayores antecedentes revisar Acosta, Elaine. (2015). Cuidados en crisis y mujeres migrantes hacia España y Chile. Dan más de lo que reciben. Deusto: Ediciones Universidad de Deusto-Universidad Alberto Hurtado.

A su vez, estos factores no solo responden al mantenimiento de una organización patriarcal del cuidado (Delphy, 1977) donde las tareas domésticas son traspasadas entre mujeres, sino que también da cuenta de la co-modulación entre la división sexual del trabajo con la clase social. Así, estas demandas son un privilegio para las familias acomodadas que, en parte, es posible gracias a la contratación de otras mujeres. De este modo, vemos que las nociones tradicionales de las tareas ‘femeninas’ asociadas al cuidado y el funcionamiento ‘tradicional’ de las familias se reproducen a través de las diferencias de clase, siendo mujeres pobres, indígenas y/o migrantes quienes realizan esta función en los hogares y quienes experimentan una doble explotación laboral.

Que la crisis de los cuidados responda a una forma particular de reproducción de relaciones de género a través de las diferencias de clase social se entiende, en parte, por el valor de la figura de la familia para el discurso nacional. Argumentamos que el valor de la familia para el orden social es mantenido a pesar de que las prácticas al interior de ellas hayan cambiado (más mujeres trabajan fuera de sus hogares) y gracias a la contratación de otras mujeres que mantienen la división sexual del trabajo en los hogares intacta. En el Chile post-dictatorial, la rearticulación de la familia nuclear como base de la nación chilena, la permanencia de la distinción burguesa entre lo público y lo privado, y el rol de las mujeres de elite de ‘mantener los valores de la nación’ y ‘salvar’ a la familia en momentos de crisis, son elementos cruciales para entender la organización de la reproducción.

A partir de los noventa Chile experimenta transformaciones en el orden de género importantes (Valdés, 2007). Y, sin embargo, la división entre lo público y lo privado -aunque es una invención burguesa-, sigue impactando las políticas públicas orientadas a solucionar el tema del cuidado, y establece una relación con la definición de la familia tradicional como base ‘natural’ de la nación (Arriagada & Todaro 2012). El Estado chileno sigue viendo al cuidado y a las tareas del hogar como parte del ‘trabajo femenino’, convirtiendo dicha crisis en un tema ‘privado’. A su vez, algunas mujeres de clases acomodadas, como veremos

con las entrevistas, hacen propia esta demanda de mantener nociones tradicionales de feminidad y de familia. Por un lado, contratan a otras mujeres para que realicen labores domésticas y el orden de género se reproduzca en los hogares, y por otro lado, construyen un relato sobre su superioridad moral respecto a estas mujeres que contratan. A través del discurso de la salvación de la nación, estas mujeres citan una genealogía de experiencias del siglo XX donde mujeres de elite salían a las poblaciones a enseñar y educar a mujeres pobres cómo ser madres (Illanes, 2006). En consecuencia, mientras la contratación de trabajadoras domésticas se ha convertido en una estrategia de amplia difusión dentro de las familias de clase media y alta como solución a la crisis del cuidado, ésta estrategia es justificada en el contexto de la crisis de las familias chilenas como una labor ‘caritativa’ que mujeres de elite realizan para ayudar a mujeres pobres, ‘salvar a mujeres perdidas’.

Pero la contratación de otras mujeres no es aleatoria y más bien responde a relaciones de poder de la sociedad en su conjunto. Para que las mujeres de clases acomodadas no realicen el trabajo sucio, éste es delegado a otras mujeres consideradas ‘aptas’ para dicho trabajo. Así, el trabajo doméstico es desvalorizado y conferido a mujeres que también son desvalorizadas por la sociedad en tanto ‘otras de la nación’. Por tanto, además de articular relaciones de género y de clase, la ‘solución’ privada a la crisis de los cuidados también se vincula con la activación de diferencias ‘raciales’, étnicas’ y de origen nacional. Mientras en el siglo XIX y la mayor parte del siglo XX, quienes mayoritariamente se desempeñaban como trabajadoras domésticas eran inmigrantes internas de comunidades rurales y/o indígenas –especialmente mapuches (Saavedra Peláez, 2002)- a partir de la década de los 90 quienes se ocupan en esta labor son mujeres chilenas de sectores urbanos e inmigrantes latinoamericanas, destacando el caso de mujeres peruanas. Diversos estudios (Arriagada & Todaro, 2012; Stefoni, 2002; Staab & Mahler, 2005; Stefoni & Fernández, 2011) han demostrado que existe, entre las empleadoras, una definición de la ‘trabajadora ideal’; aquella mujer dócil, capaz de ‘querer’ y cuidar a la familia para la cual trabaja al mismo tiempo que ‘conoce su lugar’

subordinado. Las empleadoras entrevistadas en este estudio señalan que hoy es difícil encontrar a dicha mujer ideal puesto que las trabajadoras chilenas están ‘muy empoderadas’ y conocen ‘mucho’ sus derechos, y por tanto, no están dispuesta a trabajar largas jornadas o hacer todo lo que se les exige. La contratación de mujeres específicas: pobres, inmigrantes, de sectores rurales, y ahora peruanas, da cuenta de una genealogía de la figura de la trabajadora doméstica, figura social articulada por su diferencia de clase y origen étnico/nacional y que a partir de la segunda mitad del siglo XX adquiere el nombre ‘nana’. Una genealogía que define aquellas mujeres ‘adecuadas’ para ser subordinadas y servir al ‘nosotros’ nacional, en contraposición a la dueña de casa de la elite, quien sería la más adecuada para ‘enseñarle’ a la trabajadora cómo comportarse y ‘salvarla’ de su miseria material. Así, el trabajo reproductivo de las clases trabajadoras y racializadas se convierte en un nodo primordial para el mantenimiento de la familia chilena acomodada y el modelo nacional de familia mestizo-blanco.

De este modo, el discurso sobre la ‘crisis de los cuidados’, que es; 1) un reclamo por la familia como base de la nación, 2) una forma de reproducción de las jerarquías de clase social, y 3) que se basa en lecturas de la diferencia étnico-raciales para justificar relaciones jerárquicas entre empleadoras y trabajadoras, es una crisis que llama al re-ordenamiento nacional en la intimidad y en la política.

Con el fin de comprender los dilemas políticos de esta ‘crisis’ (de los cuidados y de las familias), indagaremos en la vinculación entre lo íntimo y lo político. A continuación, veremos cómo definimos esta relación y cuáles son las oportunidades que emergen para analizar específicamente el caso del trabajo doméstico remunerado y la mujer de elite ‘salvadora’ como figuras reparatorias de la ‘pérdida de los valores’ y posibilitadoras de las prácticas familiares acorde a los cánones normativos. Así, propondremos una perspectiva política para entender la crisis del cuidado no solo como una demanda actual por tareas de cuidado, sino como una demanda histórica del ‘cuidado a la nación’ y a la familia acomodada como su figura fundante y representante.

Cuidados, intimidad y política

A continuación, pretendemos entender la emergencia de lo íntimo, como vehículo para entender la ‘crisis de los cuidados y la familia’, en su vinculación con lo público y lo político. Es decir, la relación entre intimidad y política nos permite comprender cómo discursos públicos circulan, afectan y son reproducidas en relaciones íntimas entre trabajadoras y empleadoras. La intimidad funciona como una promesa basada en la expectativa de crear un espacio confortable y familiar a partir de historias compartidas de felicidad y amor (Berlant, 1998). La familia constituye aquel espacio ideal para la creación de dicho espacio en relación con nociones del nosotros. El nosotros, a su vez, se vincula emocional y materialmente con prácticas de construcción de comunidades y de Estados naciones (Anderson, 1991). De este modo, nos sentimos ‘parte’ de una nación y de lo ‘político’ en la medida en que tenemos relaciones íntimas definidas a partir de un ‘nosotros’ nacional, de una cierta chilenidad a nivel familiar y comunitario. Por tanto, lo nacional se construye en la intimidad. A su vez, el ‘nosotros’, aunque se plantee en términos amplios e inclusivos, es siempre una distinción de clase y étnica que excluye. El Estado chileno ha tendido a construir un ‘nosotros’ nacional a partir de versiones raciales homogeneizantes con pretensiones de blanquitud (Subercaseaux, 2007). En dicha versión de la nación chilena ha planteado como imagen ‘ideal’ de la familia a la ‘familia nuclear mestizo-blanca’, construcción burguesa que nace en el siglo XX. De esta forma, nuestras expectativas subjetivas de tener ‘una familia e intimidad feliz’ se vinculan con proyectos y discursos de orden político que definen ciertas prácticas normativas de vida familiar como las adecuadas; aquellas de las familias de clases acomodadas ‘blancas’.

Con esta figura de ‘familia chilena burguesa’, el Estado definió en el siglo XX el papel de la mujer como un ser fundamentalmente reproductivo, interpelando a que las mujeres participaran en este rol normativo y contribuyeran a la sociedad a través de su trabajo en la esfera privada. Por lo tanto, la relación entre el interés político de orden social y económico se entrelaza con lo ‘privado’ y la realización de intimidad. La intimidad se

convierte en un modo público de identificación y de subjetivación personal basado en diferentes discursos que circulan y descansan en los proyectos sociales (Berlant, 1998). Argumentamos, entonces, que la relación entre lo doméstico y lo público es de interdependencia (Berlant 1998) pues confían el uno en el otro para producir sujetos y subjetividades que se acoplan con posiciones normativas dentro de un orden social específico. De este modo, la noción de intimidad que estamos trabajando se vincula con la noción de discurso de Foucault (2002). Veremos en el análisis, cómo ciertos enunciados son utilizados para la construcción de la figura de la empleadora salvadora y la trabajadora subordinada, específicamente a través del uso del nombre ‘nana’, y que tales figuras son constituidas en las relaciones entre ambas.

Ahora, la ‘ambivalencia’ y la consecuente ‘crisis’, es parte de la construcción de la ‘intimidad’ (Berlant, 1998) pues, en la vida cotidiana, nunca logramos reproducir de manera fiel las subjetividades políticas ni tampoco logramos la esperada promesa de la felicidad. Angustia, rencor, aburrimiento son algunas de las emociones que surgen en momentos íntimos que tensionan nuestras adscripciones. A su vez, las crisis ‘de la nación’ o del ‘Estado’ son sentidas como crisis personales. Sin embargo, necesitamos invisibilizar dichas ambivalencias puesto que la intimidad está relacionada con fantasías, reglas y obligaciones tácitas de ser un espacio y una experiencia exenta de problemas. Es por esto que, en momentos de transformaciones, se produce un contra-movimiento de re-ordenamiento de la tradición.

Específicamente en Chile, la vinculación entre el Estado y la intimidad a través de la ‘crisis de cuidados’ tensiona el rol de la familia, las dueñas de casa y las trabajadoras domésticas. Cabe preguntarnos, ¿qué crisis están experimentando las familias chilenas de clases acomodadas y conservadoras? ¿Es una crisis del cuidado o una crisis de las nociones de familia? ¿Cuál es el rol del trabajo doméstico remunerado en saciar o tensionar dicha crisis? Proponemos revisar el rol de las empleadoras en mantener ‘la armonía’ en el hogar y en la nación. Argumentaremos que, en el contexto de políticas neoliberales y transformaciones de las relaciones de género, el

trabajo doméstico remunerado funciona como una estrategia que emplean familias acomodadas para mantener el ideal de familia y re-introducir nociones tradicionales. Así, veremos cómo el trabajo doméstico de inmigrantes y mujeres chilenas subsidia la definición política de la intimidad como esfera de la familia y la tradición.

Metodología

Se analizaron relatos de 18 entrevistas en profundidad realizadas a mujeres dueñas de casa y/o trabajadoras de clase acomodada simpatizantes con sectores conservadores de la Iglesia y de la política en la ciudad de Santiago, Chile. Por clase acomodada nos referimos a aquellos grupos pertenecientes al 10% con mayor nivel de ingreso del país. Las entrevistadas son mujeres que viven en las comunas de Las Condes, Vitacura, Lo Barnechea y La Reina, y emplean, al menos, una trabajadora doméstica en la modalidad formato puertas adentro³. Son mujeres con niños y niñas viviendo con ellas y se encuentran actualmente casadas o separadas y trabajando fuera de sus hogares. Se realizó análisis cualitativo utilizando el programa Atlas.ti, a través de una codificación abierta.

Resultados y discusión: Familia, mujeres de elite y trabajo doméstico

La familia es definida, por las entrevistadas como el grupo nuclear (padres, madres, hijos e hijas) que habita un ‘hogar’ íntimo. No sólo da cuenta de relaciones de intimidad entre personas que comparten lazos sanguíneos, sino que también es un lugar material donde se comparten intimidades. Esta definición de familia corresponde a una versión tradicional de la familia nuclear, coincidente con el proyecto de familia promovido por el Estado chileno desde principios del siglo XX, dando cuenta de las reapariciones de esta versión en este sector de la sociedad. Esto no significa que sea la ‘misma’ práctica de hace cincuenta años atrás, sino más bien de la rearticulación del discurso de la familia como ‘ideal’ de la intimidad en diversos tiempos. La noción de discurso de Foucault (2005) es especialmente pertinente para comprender a la familia

³ Formato en que la trabajadora vive y duerme la mayor parte de la semana en el lugar/casa donde trabaja con sus empleadores.

como un ideal (objeto) producido discursivamente en prácticas cotidianas. Para las dueñas de casa de clase acomodada, la familia es, a su vez, el lugar donde re-activan sus roles tradicionales de género definidos por la maternidad y el cuidado de sus hijos/as y familiares. Declaran ser ellas quienes propician la permanencia de este espacio de intimidad a través de sus roles como madres.

Para las empleadoras entrevistadas, la casa representa el lugar de encuentro de la familia y el lugar privilegiado para conseguir el bienestar de los/as hijos/as. Es, a su vez, un lugar donde existe o se busca la ‘armonía’, la cual requiere de una constante preocupación por parte de ellas. *“Para mí lo más importante es la armonía, que la casa funcione”* (Entrevista 4). Dentro de esta preocupación, existen variadas actividades que permiten reproducir la idea de la ‘armonía familiar’. Una de ellas dice relación con la organización del hogar, lo cual implica – para ellas- mantener la limpieza, el movimiento del hogar (horarios y actividades de sus miembros) y el cuidado de niños/as o adultos mayores. Si bien esta versión da cuenta de una idea de familia y hogar como dueto cerrado en la estructura de una casa, veremos cómo se relaciona con la crisis de la familia y su rol dentro de esta.

Esta definición de la familia y del hogar como espacios de la intimidad se mueve desde y hacia lo doméstico y el mundo público, principalmente a través del ‘culto de las apariencias’ (Montecino, 2007). Sonia Montecino se refiere a este culto como la promoción de todas aquellas prácticas que tienden a hacer visible el estatus social de las personas, reproduciendo y visibilizando su estatus público en espacios privados, por ejemplo, recibir a las visitas con un aperitivo servido por la trabajadora en perfecto uniforme. Para las mujeres de clase acomodadas, la apariencia es un mecanismo de reproducción de su distinción de clase en su entorno. Veamos dos ejemplos donde esto ocurre. Primero, las dueñas de casas manifiestan el deseo de tener una familia y una maternidad ‘exitosa’. El ‘éxito’ se define a partir del reconocimiento social: ser interpelada por otros que la felicitan por su rol materno y por sus buenos/as, responsables y hermosos/as hijos/as que ellas han criado. Perciben dicho éxito como producto de su propio trabajo, distinguiendo entre

las tareas de crianza de las tareas de cuidado. Por ejemplo, Carolina señala que lo que más le gusta es cuando sus invitados destacan lo lindos/as y bien educados/as que son sus hijos/as.

[...] me encanta que me digan que mis hijos son respetuosos, lo veo como un éxito mío, me encanta que me feliciten, así como lo hacen en el trabajo (Entrevista 16).

Entonces, la definición de una ‘buena familia’ está asociada con la aprobación que el grupo social hace de ella, reproduciendo el discurso hegemónico respecto a qué significa hacer familia. Segundo, reconocen que mucho del trabajo invertido en mantener una ‘buena familia’ se enfoca en recibir y atender a ‘visitas’ (amigos, familiares, parientes lejanos, colegas del trabajo, padres y madres del curso de la escuela de los/as hijos/as, etc.). Para ellas ‘mostrar’ hijos/as felices también requiere de un ‘hogar feliz’: casas limpias y cocinas ‘finas’. En el caso de Consuelo, ella entiende esta performance de las apariencias y del servicio como una ‘herencia’, un ‘código femenino’, frente al cual se puede rebelar, pero que termina reproduciendo con el fin de evitar conflictos con su marido.

La típica que te dicen ‘es que yo no cocino tan bien como tu, yo no te puedo atender tan bien como tu’ porque yo atiendo bien, ahora al otro día tengo los pies hinchados. Desgraciadamente tengo ese código de barra metido en la mente porque de chica vi siempre que mi familia era así, se atiende bien... bueno, y para no tener problemas con él que le encanta invitar gente (Entrevista 10).

A pesar de posicionarse como protagonistas de la mantención de la intimidad familiar, reconocen que su rol reproductivo requiere de un esfuerzo que no siempre ellas quieren asumir, que no es agradecido, y que sin las trabajadoras domésticas sería imposible. Lidian con sus horarios laborales y domésticos para cumplir en ambos espacios, descansando en el apoyo, principalmente, de la trabajadora doméstica, convirtiendo al ‘proyecto moderno’ en una promesa cumplida gracias al trabajo doméstico remunerado realizado por otras mujeres. Ahora bien, las entrevistadas cuentan que, aunque tuvieran la posibilidad de utilizar servicios

públicos para el cuidado de sus hijos/as, no los ocuparían pues piensan que el ‘mejor lugar’ para sus hijos/as es la casa. Por tanto, vemos que la demanda por el cuidado no necesariamente se vincula solo con la demanda de cuidados en términos prácticos, sino que también responde a la posibilidad de contar con un ‘hogar’ para la crianza de ‘buenos/as niños/as’. Así, la demanda por cuidados es una demanda por reproducir el hogar y la familia tradicional.

Familias en crisis y crisis de los cuidados

Las entrevistadas señalan que existe una ‘crisis’ de la oferta de trabajo doméstico remunerado, especialmente mujeres dispuestas a vivir donde trabajan. Es decir, existe mayor demanda que mujeres dispuestas a trabajar en servicio doméstico, convirtiéndolo en un bien escaso y costoso. A pesar de ello, las empleadoras optan por pagar el servicio de una trabajadora doméstica pues son ‘necesarias’. A su vez, sienten que la familia chilena hoy se encuentra en crisis, muchas veces, por la falta de momentos de encuentros entre los miembros de la familia dado los tiempos acelerados del Chile actual.

[...] que haya una cuestión familiar una vez a la semana por lo menos, comer en familia. La hora de la comida aquí es la noche, tipo 8.30 está el papá y nos sentamos aquí, ya no ocupo mucho el comedor, porque sino se pierde cada uno con una bandeja en su pieza, después son unos perfectos extraños (Entrevista 2).

Tener momentos de encuentro es planteado como una contra-estrategia ante los ‘tiempos modernos’ de una nación en crisis, una forma de salvar la tradición familiar a pesar de los cambios en la nación y en la familia. Parte de la solución a la crisis es preocuparse por el cuidado y la crianza de los/as hijos/as. Para ellas, su labor principal es la crianza de sus hijos/as, es decir, un trabajo de entrega de valores sociales, mientras que el cuidado es una ‘ayuda’ entregada por las trabajadoras domésticas orientada a la vigilancia cotidiana frente a ‘potenciales peligros’. La distinción entre crianza y cuidado denota no solo la división social del cuidado al interior de los hogares, sino que también el valor social atribuido a cada uno. Así, la crianza implicaría un rol más determinante y fuerte en los/as niños/

as pues los transforma en ‘buenos seres humanos’, mientras que el cuidado es simplemente una ayuda suplementaria, devaluando la labor de las trabajadoras domésticas.

Cuando dicen ‘ella (la trabajadora) me la crió’, no, a mi no me la ha criado nadie, pero si me ha acompañado mucho en el cuidado más que en la crianza (Entrevista 7).

Sin embargo, esta distinción se basa en la experiencia actual de las empleadoras con las trabajadoras domésticas que cuidan de sus hijos/as. Cuando relatan sus experiencias con quienes las cuidaron a ellas, reconocen un rol de crianza más fuerte. Así, interpretamos que para ellas se vuelve problemático reconocer el rol que cumplen las actuales trabajadoras. Esta tensión podemos comprenderla en el contexto actual donde lo íntimo y lo familiar es una tarea de la familia moderna auto-gestionada. Si bien las prácticas de cuidado pueden haber cambiado a través de los años, existe la necesidad de destacar el rol maternal actual de la dueña de casa. Es, para ellas, importante posicionarse como madres a pesar de que la estructura familiar haya cambiado, marcar su rol de género ‘tradicional’ a pesar de que ahora las mujeres de clases acomodadas cumplen múltiples funciones fuera del hogar.

Junto con identificarse como encargadas de la crianza de los/as niños/as, las dueñas de casa señalan que tienen, a su vez, un rol respecto al buen funcionamiento del hogar, asumiendo una posición ‘directiva’. Este papel directivo las ancla a la casa, lo que puede convertirse en una carga, pero también les permite liberarse de realizar todas las tareas del hogar y disponer con mayor flexibilidad de su tiempo libre. Esta flexibilidad es posible gracias a la contratación de una trabajadora doméstica, quien debe organizar su trabajo y su vida personal en torno a las necesidades y actividades de la empleadora. Por lo tanto, la libertad de la dueña de casa se logra mediante el trabajo controlado de la trabajadora doméstica.

Así, la presencia de la trabajadora no sólo libera a la dueña de casa de tareas del hogar, sino que también le permite disfrutar de la parte ‘rica’ de ser

madre, los momentos ‘ricos’ de la intimidad con sus hijos/as y familiares. Para que exista una ‘intimidad feliz’, la trabajadora debe realizar el trabajo ‘sucio’, como la limpieza de la ropa interior y de los baños, convirtiéndose en aquella que subsidia el rol de la dueña de casa.

Nos levantamos a las 6.30am, se levanta el dueño de casa. Sobre la marcha... bueno la Carmen se levanta antes que nosotros porque a las 6.30 – 6.45 la Ana me sube el desayuno y me ayuda con la niña... Yo con mucha calma me tomo mi desayuno... la niña se termina de arreglar y se está lavando los dientes. Estamos con la niña y conversamos mientras yo me seco el pelo, tenemos nuestros 15 minutos de confianza (Entrevista 5).

Por tanto, la armonía y organización del hogar —que se logra lidiando con la ‘crisis moderna de las familias’ contratando a una trabajadora doméstica— permite que las dueñas de casa ‘disfruten’ su intimidad con sus hijos/as y vean el desarrollo de éstos como producto de su propia labor. Entonces, las empleadoras realizan comentarios evaluativos (buenas familias, buenos hogares, casas armónicas, etc.), respecto a su rol en la reproducción de las familias. La contraposición entre el rol subordinado otorgado a las trabajadoras y la descripción positiva de las empleadoras respecto a sí mismas (en tanto creadoras de buenos hogares) generan lo que denominamos como la figura de la ‘empleadora salvadora’, una figura que se constituye en prácticas cotidianas y que dice relación con el discurso de mujeres de elite como salvadoras de la nación. Así, la dueña de casa se auto-define como la ‘salvadora’ de la familia de un Chile en crisis, manejando las ansiedades y tensiones a través de la contratación de trabajo doméstico remunerado.

Es en este contexto en el cual las mujeres de clases acomodadas generan estrategias para ser ‘mujeres modernas’, ya sea cambiando los patrones al interior de sus hogares o reacomodando nociones modernas del ‘género’ con versiones más tradicionales de hacer familia. Son estrategias de reajuste y re-tradicionalización de su rol y de sus familias a través de la contratación de trabajadoras domésticas. La relación que establecen con las trabajadoras, el entrenamiento de cómo hacer el aseo y atender las

necesidades del hogar y el disciplinamiento de sus cuerpos, serán algunas de las formas orientadas a mantener la deseada ‘armonía’ en el hogar de clase alta.

Distanciamiento y entrenamiento como estrategias para el manejo de las diferencias: el rol de salvación de la dueña de casa

A pesar de que las dueñas de casas reconocen la necesidad de contar con ayuda doméstica, muchas de ellas se sienten incómodas con la presencia de trabajadoras en sus hogares. Tener a alguien ‘extraño’ en la ‘intimidad’ es enfrentado a través de diversas estrategias orientadas a la neutralización de las características ‘culturales’ de las trabajadoras y el entrenamiento para que estas se acomoden a los hogares y se reproduzca la ‘familia chilena’. Una estrategia es la de nombrar a las trabajadoras como ‘nanas’. Si bien, el objetivo de este artículo no es realizar un análisis del discurso respecto al trabajo doméstico remunerado o sobre los hogares acomodados en Chile, elementos sobre la teoría del discurso de Michel Foucault (1992) se presentan particularmente pertinentes para entender la circulación y aparición de figuras como la ‘nana’ y la empleadora ‘salvadora’. Como hemos señalado, el lugar subordinado de mujeres indígenas y de sectores rurales y el lugar de superioridad de las mujeres de clases acomodadas es parte de una historia de constitución de relaciones de poder en Chile, condición que es reeditada cada vez que se nombra a la trabajadora como ‘nana’.

Siguiendo a Foucault (2002), el enunciado es la unidad elemental del discurso y no remite a una frase, sino a una modalidad de existencia de un conjunto de signos, donde se producen objetos y sujetos en el contexto discursivo y tiene la particularidad de una materialidad repetible. ‘Nana’ funciona como un enunciado, pues en sí no contiene un sentido particular, sino que adquiere valor en la medida en que se nombra a la trabajadora y se la sitúa en una serie de relaciones de poder en relación con la empleadora y a la sociedad en general. Vemos que, en los relatos de las empleadoras, ‘nana’ aparece no solo para simplemente nombrar a la trabajadora, pero para situarla y posicionar las jerarquías al interior de los hogares. En tanto los discursos se forman a partir de

un conjunto de enunciados y su sistema de formación (Foucault, 2002), la repetición de este nombre y su materialidad es lo que permite la configuración del discurso que normaliza la condición subordinada de las trabajadoras domésticas y la superioridad de las empleadoras. Nombrar constantemente a la trabajadora doméstica como ‘nana’ y las relaciones materiales y emocionales entre trabajadoras y empleadoras constituyen las relaciones de poder entre ambas.

Por tanto, argumentamos que las figuras de la ‘nana’ y la empleadora ‘salvadora’ (de la familia en un Chile en crisis, y como veremos más adelante de las trabajadoras) son producidas a través de discursos que emergen en situaciones específicas (en espacios privados y públicos), y que actúan como prácticas que producen relaciones de poder jerárquicas y de clase al interior de los hogares y en la sociedad chilena. El denominativo ‘nana’ por un lado, incluye a las trabajadoras domésticas al espacio familiar, pero desde la subordinación, y a la vez las excluye de sus derechos y su estatus de trabajadoras. Pues lo que está en juego no es la verdad sobre el status de las trabajadoras, sino las relaciones de deseo y poder entre trabajadoras y empleadoras, y las jerarquías de clase en la sociedad chilena. Estas figuras funcionan en tanto configuraciones discursivas que constituyen relaciones de poder donde se normaliza la posición subordinada de las trabajadoras domésticas y el status de superioridad de las empleadoras.

Otra estrategia de neutralización para manejar las diferencias entre empleadoras y trabajadoras (y así mantener la armonía en los hogares) es evitar conocer la historia y las familias de las propias trabajadoras. O, en casos de conocerlas, existe una visión maternalista y piadosa de el ‘terrible origen’ étnico y de clase de las trabajadoras, basado en supuestas experiencias de violencia y abuso. Las empleadoras destacan que dicho origen es una huella que las trabajadoras tienen pero que no ‘se ve’ cuando realizan sus labores pues han aprendido a dejarlas fuera de la casa donde trabajan.

[...] tienen muy buenas costumbres [...] Tu podrías decir que somos de clases sociales distintas, podrías decir que no se baña o sorbetea... nada. Es como muy neutra. En lo que más podría notar es cuando

llega del sur y trae las historias de la machi, ahí tu podi notar, pero es cuando te cuenta cosas propias de su [...] (Entrevista 8).

Ese dejar fuera sería, en parte, gracias (según las entrevistadas) a que las empleadoras les enseñarían a las trabajadoras modales, cómo poner la mesa, cómo vestirse y hacer el aseo, es decir, cómo ser ‘buenas nanas’, adjudicándose un rol pedagógico con las trabajadoras y un status de ‘conocedoras’ y salvadoras. Es un ejercicio pedagógico que cita una historia del rol de las mujeres de clases acomodadas respecto a enseñarle a las mujeres pobladoras cómo ser buenas madres.

[...] yo misma la corrijo algo, es que tienes que enseñarle. Cuando tengo visitas y quiero tener la mesa bonita la pongo yo con ella (Entrevista 1).

Enseñarles a hacer el aseo o a poner la mesa son estrategias que posicionan a las trabajadoras como sujetos sin conocimiento, y a las dueñas de casa como ‘expertas’. Dicha *expertice* se maneja dentro de un relato condescendiente, es decir, las dueñas de casa ‘comprenden’ la ‘falta’ de las trabajadoras.

[...] si voy a tener visitas en la noche un día de semana, ella tiene su horario para dormir, no es que no pueda, no le voy a pedir nunca que se quede para atender a mis visitas hasta el final de la noche (entrevista 1).

En el caso de la cita anterior, la empleadora no siente que pedir más horas de trabajo sea algo que no pueda hacer, sino que es algo que ella decide no hacer pues ‘entiende’ a la trabajadora. Tanto ella como otras dueñas de casa, evalúan su relación con las trabajadoras a partir de una noción de ‘justicia’ que las auto-define como sujetos éticos, capaces de empatizar con las trabajadoras. Así, el ‘entendimiento’ legitima el ‘valor ético’ de la empleadora, reproduciendo su status de ‘superioridad’. De esta manera, el relato de la ‘superioridad’ de las mujeres es citada en la relación entre empleadoras y trabajadoras.

[...] la nana de la familia de mi mama me dijo que Jocelyn lo único que quiere es trabajar y lo necesita, estaba con esta guagua súper chica, pero me daba

un poco de nervio el tema. Por lo general buscaba nanas mayores que no tuvieran el problema de los niños porque es más fácil. Pero la Jocelyn era conocida de la nana, le hice un favor. Mejor que ella estuviera conmigo que en un lugar peligroso (Entrevista 9).

Las dueñas de casas de clase alta se vuelven a convertir en conocedoras y pedagogas de los valores, posibilitando la salvación de la familia y de las trabajadoras. Incluso, justifican la contratación de trabajadoras domésticas como una obra de caridad. La práctica de la caridad no solo hace eco con el rol de las mujeres respecto a los ‘pobres’, sino que también de los beneficios de dicho rol para el bienestar nacional. Así, la ‘caridad’ con las trabajadoras, es una obra social para la nación que sólo puede realizar la mujer de élite, pues es ella quien sustentaría y representaría el proceso de limpieza —no de la suciedad, pues esa tarea la realizan las trabajadoras domésticas— de una sociedad supuestamente en crisis.

Conclusiones

La figura de la mujer de elite como ‘salvadora de la nación’ nace en el siglo XIX y se refiere a una crisis que se lograría reparar a través de la mantención de la armonía en la casa y en la política. Definidas como agentes ideales para las transformaciones, las mujeres son interpeladas en su condición de ‘madres’ de la nación para actuar en un momento de crisis social y en una época de demandas sociales. Son ellas quienes podrían re-introducir definiciones normativas de las familias.

Este es un momento clave en el que el discurso de ‘salvación’ se materializa en las mujeres de la élite pues supuestamente poseerían ‘habilidades nobles y únicas’ para disciplinar a las mujeres de la clase trabajadora. Este hito es crucial para entender esta genealogía que es rearticulada en diversos momentos históricos. Figuras como las visitadoras sociales activan materialmente este discurso y lo solidifican para mediados del siglo XX. Desde aquí, emerge un ‘ejército de salvación’ financiado y promovido por el Estado, permeando las subjetividades de las mujeres de la elite como salvadoras de la pobreza, de ‘otras mujeres’ y del progreso de la nación. El discurso de la salvación,

traducida en obras de ‘caridad’, hace eco en las justificaciones de las dueñas de casa de sectores acomodados y conservadores hoy para contratar a una trabajadora doméstica. Hacerle un ‘favor’ a la trabajadora es un recurso retórico utilizado para justificar la demanda de cuidados en un contexto de proyectos modernos y transformaciones de las familias. Esto es vivido en prácticas cotidianas donde la figura de la empleadora ‘salvadora’ es activado y es puesto en oposición a la figura de la ‘nana’, quien representa un lugar de subordinación de mujeres pobres y racializadas, encargadas del trabajo ‘sucio’ del hogar. Así, el nombre ‘nana’ aparece en una red de relaciones de poder, habilitando el lugar de la empleadora ‘salvadora’.

A partir de los 1990, el proyecto de la ‘familia moderna auto-gestionada’ adquiere predominancia en el contexto de las políticas neoliberales y de los gobiernos ‘con enfoque de género’. Las mujeres de clases acomodadas son llamadas a convertirse en ‘súper mujeres’, capaces de equilibrar su vida doméstica y profesional. Sin embargo, la falta de regulación estatal respecto al trabajo doméstico remunerado y la falta de servicios de cuidado empujan a que este trabajo se convierta en el subsidio del proyecto moderno de familia, de mujer y del Estado ‘con enfoque de género’. Así, los discursos sobre la crisis de las familias y de los cuidados en Chile cumplen al menos dos funciones. Por un lado, reproducen la distinción entre público y privado, y el rol de las familias en la contención de las tareas de cuidado. Por otro lado, las familias acomodadas reproducen su status de clase y las dueñas de casa su status como agentes salvadores de la sociedad. A partir del análisis de las entrevistas, hemos podido observar cómo la intimidad y política co-definen a la ‘familia ideal’, una familia moderna y auto-gestionada, pero subsidiada por el trabajo doméstico remunerado y la explotación de las trabajadoras. Mientras el discurso de la crisis de los cuidados es planteado como un problema práctico de cuidados, hemos visto que en el caso de hogares acomodados funciona como una tecnología del poder en la medida en que re-ubica a las mujeres de clase alta en un lugar de madres/salvadoras del hogar, y fortalece relaciones jerárquicas entre empleadoras y trabajadoras.

Bibliografía

- Acosta, Elaine. (2015). *Cuidados en crisis y mujeres migrantes hacia España y Chile. Dan más de lo que reciben*. Deusto: Ediciones Universidad de Deusto-Universidad Alberto Hurtado.
- Anderson, Bridget. (1991). *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso.
- Arriagada, Irma. & Todaro, Rosalba. (2012). *Cadenas globales de cuidado: el rol de inmigrantes peruanas en la provisión de cuidado en Chile*. ONU Mujeres. Recuperado de http://www.cem.cl/pdf/cadenas_Chile.pdf
- Berlant, Lauren. (1998). Intimacy: A Special Issue. *Critical Inquiry*, 24 (2), pp. 281-288. doi: 10.1086/448875
- Butler, Judith. (1993). *Bodies that Matter: On the discursive limits of sex*. New York: Routledge.
- Chaudhuri, Napur & Strobel, Margaret (Eds.) (1992). *Western Women and Imperialism: complicity and resistance*. Bloomington: Indiana University Press.
- Delphy, Christine. (1977) *The main enemy: A materialist analysis of women's oppression*. London: Women's Research and Resources Centre Publications.
- Farris, Sara. (2015, 14 de Mayo). Servants of Capitalism. *Open Democracy*. Recuperado de <https://www.opendemocracy.net/beyondslavery/sara-r-farris/servants-of-capitalism>
- Federici, Silvia. (2012). *Revolution at Point Zero: Housework, Reproduction, and Feminist Struggle*. Brooklyn/Oakland: Common Notions/PM Press.
- Foucault, Michel. (2005). *Historia de la sexualidad, 1: La voluntad de saber*. España: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2002). *La Arqueología del Saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, Michel. (1992). *El Orden del Discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- Glenn, Evelyn. (1992). From Servitude to Service Work: Historical Continuities in the Racial Division of Paid Reproductive Labor. *Signs*, 18(1), 1-43. Doi: 10.1086/494777.
- Grau, Olga. (1997). Familia: un grito de fin de siglo. En: Grau, Olga, Delsing, Riet, Brito, Eugenia & Farías, Alejandra (Eds.). *Discurso, Género y Poder: discursos públicos, Chile 1978-1993* (pp. 127-147). Santiago: LOM.
- Güell, Pedro. (Diciembre de 1999). *Familia y modernización en Chile*. SERNAM. Comisión de Expertos en Temas de Familia. Exposición llevada a cabo en Santiago de Chile.
- Gutiérrez, Encarnación. (2010). *Migration, Domestic Work and Affect: A Decolonial Approach on Value and the Feminization of Labor*. New York: Routledge.
- Hochschild, Arlie (2000). Global Care Chains and Emotional Surplus Value. En: Hutton, Will & Giddens, Anthony (Eds). *On The Edge: Living with Global Capitalism* (pp. 130-147). London: Jonathan Cape.
- Illanes, María Angélica. (2006). *Cuerpo y sangre de la política. La construcción histórica de las visitadoras sociales (1887-1940)*. Santiago: LOM.
- INE. (2007). *Encuesta experimental sobre uso del tiempo en el Gran Santiago*. Santiago de Chile: Instituto Nacional de Estadísticas-Chile.
- Larraín, Jorge. (2001). *Identidad Chilena*. Santiago de Chile: LOM.
- McClintock, Anne. (2003). Imperial Leather: race, cross-dressing and the cult of domesticity. En Lewis, Reina & Mills, Sara. *Feminist Postcolonial Theory. A Reader* (pp. 635-666). UK: Edinburgh University Press.
- Milanich, Nara. (2011). Women, Children, and the Social Organization of Domestic Labor in Chile. *Hispanic American Historical Review*, 91(1), 29-62. Doi: 10.1215/00182168-2010-086.
- Montecino, Sonia. (2007). *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Santiago: Catalonia.
- Parreñas, Rachel. (2001). *Servants of Globalization: Women, Migration and Domestic Work*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Pérez Orozco, Amaia (2006). Amenaza Tormenta. La crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico. *Revista de Economía Crítica*, 5, 7-37. Recuperado de http://pendientedemigracion.ucm.es/info/ec/rec/Revista_Economia_Critica_5.pdf.
- PNUD. (1998). *Informe de Desarrollo Humano*. Madrid: Ediciones Mundi-Prensa. Recuperado de http://hdr.undp.org/sites/default/files/hdr_1998_es_completo_nostats.pdf
- Rodgers, Janine (2009). Cambios en el servicio doméstico en América Latina. En: Valenzuela, María Elena & Mora, Claudia (Eds.). *Trabajo doméstico: un largo camino hacia el trabajo decente* (pp. 71-114). Santiago: OIT.
- Saavedra Peláez, Alejandro (2002). *Los mapuche en la sociedad chilena actual*. Santiago de Chile: Editorial LOM.
- Sassen, Saskia. (2003). *Contra geografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Editorial Traficantes de Sueños.
- Staab, Silke & Mahler, Kriste. (2005). Nanny Politics. The dilemmas of working women's empowerment in Santiago, Chile. *International Feminist Journal of Politics*, 7(1), 71-88. doi: 10.1080/1461674042000324691.
- Stefoni, Carolina (2002). Mujeres inmigrantes peruanas

- en Chile. *Papeles de Población*, 8(33), 117-145. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/112/11203304.pdf>.
- Stefoni, Carolina & Fernández, Rosario (2011). Mujeres inmigrantes en el trabajo doméstico: entre el servilismo y los derechos. En Stefoni, Carolina. (Ed) *Mujeres inmigrantes en Chile ¿Mano de obra o trabajadoras con derechos?* (pp 43-72). Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Stoler, Ann. (2009). *Along the Archival Grain: Epistemic Anxieties and Colonial Common Sense*. New Jersey: Princeton University Press.
- Subercaseaux, Bernardo. (2007). Raza y nación: el caso de Chile. *A Contracorriente*, 5(1), 29-63. Recuperado de <https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/351/562>
- Valdés, Ximena. (2007). *Notas sobre la metamorfosis de la familia en Chile*. (Reunión de especialistas: Futuro de las familias y desafíos para las políticas públicas). Santiago: Cepal/Unfpa.
- Varikas, Eleni. (2006). *Penser le Sexe et le Genre*. Paris: PUF.
- Vera, Antonieta. (2009). Una crítica feminista a la Madre Pública Postdictatorial: los discursos de género en la campaña presidencial de Michelle Bachelet. *Nomadas*, (10),111-129. Doi: 10.5354/0719-0905.2009.15133.
- Zárate, Soledad. (2007). *Dar a luz en Chile, S. XIX: de la ciencia de hembra a la ciencia obstétrica*. Santiago: DIBAM-UAH.



Liliana Anaya García: *Lili*, fragmento.